



Paradoja de un Salvador crucificado*

Voy a empezar haciendo referencia al Crucificado. Más que cualquier palabra humana, más que cualquier reflexión, por muy docta que sea, quien más nos puede ayudar a entender algo el misterio de la Cruz, es el Crucificado; por eso, os recomiendo que lo miréis mucho, que no os canséis de mirar la cruz de Cristo. Y desde una actitud suplicante, decir: ¡Señor, que entienda yo esto! (Humanamente no se entiende).

Realmente es así: cuando nosotros oímos hablar o nombrar la palabra «Dios», inmediatamente abrimos un par de puntos o un paréntesis y a continuación escribimos: todo grandeza, omnisciencia, omnipotencia, capacidad para hacer cualquier cosa... Toda una serie de atributos que acertadamente la religión judía, de la que arranca la nuestra, llama la «Gloria de Yahweh». Cuando nosotros nombramos a Dios, inmediatamente entendemos que su modo de vivir es el modo glorioso, la gloria que llenaba el templo, en expresión de Ezequiel (11, 22-23; 43, 1 ss.).

Y, sin embargo, el Dios de los cristianos termina mal: muere, y no sólo muere, sino que muere contado entre los criminales, como un criminal más, colgado de un palo, el suplicio reservado a los malhechores. ¡Paradoja tremenda del Cristianismo!

Y este suplicio, infligido a un hombre que nunca hizo nada malo. Cuando Lucas, en esos sumarios suyos tan característicos en los Hechos de los Apóstoles, describe la vida de Jesús, dice: «Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo al bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él» (Hech 10, 38).

Este Jesús, que pasó su vida haciendo el bien y curando, termina en un patíbulo de criminales, en un suplicio infame. ¿Por qué esto?

Aunque es propiamente la Espiritualidad (la teología de «la vida según el Espíritu») la que mejor nos puede ayudar a profundizar en el misterio de la Cruz, me parece que nos puede ser

* Transcripción de la conferencia. Se mantienen las características del estilo oral.

muy útil presentar hoy una panorámica de la Teología de la Cruz; presentar algunos temas que la teología suele tratar al reflexionar sobre la Cruz de Cristo.

Con los teólogos hay que llevar cuidado, pues pueden ayudar o estorbar. Cuando intentan romper el misterio a fuerza de racionalizaciones, no ayudan. Sí ayudan cuando facilitan el acceso al Misterio que sigue envolviéndonos y desbordándonos.

Con la intención de ayudar, voy a exponeros ahora lo que yo entiendo que es la actual teología de la Cruz o de la Muerte de Jesús, y lo voy a hacer en tres momentos.

Voy a dividir mi exposición en tres grandes apartados. Primero, voy a intentar responder con la teología más actual a esta pregunta: ¿Por qué murió Jesús como murió? Después, en un segundo momento, voy a intentar responder a otra pregunta: ¿Cómo encajó Jesús su muerte?; y en un tercer momento, voy a comentar cómo se las arreglaron los primeros predicadores cristianos para, en un universo tan hostil a la cruz (los judíos pensaban que eran una maldición de Dios, un escándalo; los griegos, a su vez, una locura), cómo, digo, se las apañaron para anunciar a Cristo y a Cristo crucificado.

Estos van a ser los tres momentos de mi exposición, y empiezo ya a desarrollar el primero.

¿POR QUE MURIÓ JESÚS COMO MURIÓ?

Hoy estamos mejor equipados para responder que en otros tiempos: la reflexión teológica ha llegado en las Iglesias cristianas (esto no es exclusivo del catolicismo) a unos planteamientos integrales, armoniosos, que saben integrar los diversos elementos de respuesta, que nos ayudan a comprender mejor la realidad total, mientras que en otras épocas estuvimos un tanto polarizados. Recogiendo sólo algún elemento de respuesta y olvidando los demás, se responde parcialmente y así, casi inevitablemente, se provoca la respuesta parcial contraria, y esto a bandazos en los diversos tiempos y lugares.

Una teología integral de la Cruz responde hoy a la pregunta en un triple paso. Cada uno de estos pasos nos va introduciendo un poco más en el Misterio.

A) PORQUE VIVIÓ COMO VIVIÓ

La primera respuesta es ciertamente la más superficial, no en el sentido de que sea la menos importante, sino que es la más exterior y, por tanto, la primera que se aprecia.

La primera respuesta a la pregunta: ¿por qué murió Jesús cómo murió? reza así: *porque vivió como vivió*. La muerte de Jesús es consecuencia de su vida. Dicho más concretamente: si Jesús, en lugar de anunciar al Dios «papá» (ABBĀ), hubiera seguido anunciando al Dios del A. T., hubiera seguido promoviendo el culto que se desarrollaba en el templo de Jerusalén; si en lugar de poner en evidencia la falsedad de tantas personas, hubiera estado compadreado con ellas; si en lugar de acercarse a los más pobres y comer con ellos...; si...; si...; no hubiera muerto como murió. Con su modo de vivir, con su estilo de vida creó un escándalo tremendo para su tiempo, para la cultura dominante; si no hubiese llevado una existencia distinta, un tipo de vida nuevo, no hubiera chocado con la mentalidad dominante o, mejor, con dominantes de poca mentalidad que lo eliminaron porque pensaron que estorbaba. Esta es la primera respuesta.

Esta respuesta es tan obvia que incluso gente que no comparte nuestra fe puede llegar a ella. Yo os invito a que hagáis una prueba: a un amigo vuestro que se profese agnóstico o no

creyente dadle los Evangelios o todo el Nuevo Testamento y le decís: ¡Oye! Lee esto con atención, y después le preguntáis: ¿por qué mataron al Rabino de Nazaret? Y casi espontáneamente os dice: porque empezó enfrentándose y creció tanto el enfrentamiento que tomaron la decisión de eliminarlo.

En los relatos evangélicos se advierte un crescendo impresionante en la vida de Jesús: primero, se admiran; «¿Quién es éste?». «Como éste no ha hablado nadie». Después, se escandalizan: «Duras son estas palabras», para finalmente pasar al rechazo: «Desde entonces tomaron la decisión de eliminarlo».

Primera respuesta: la muerte de Jesús es consecuencia de su vida, de su modo de vivir.

B) MURIÓ «POR NOSOTROS»

Pero con esto, ya os digo, nos quedamos en la corteza. En esta respuesta identificamos a Jesús con los profetas de todos los tiempos.

¿Por qué se cargaron a Martin Luther King? Porque estorbaba. Luchó por un tipo nuevo de convivencia en los EE.UU. superando el racismo y el apartheid y en Alabama lo eliminaron. ¿Por qué se cargaron a Oscar Arnulfo Romero, el arzobispo de El Salvador?, porque estorbaba. Se había hecho voz de los sin voz, defensor y padre de los campesinos pobres y, diciendo Misa, lo eliminaron. En esta primera respuesta encontramos al profeta Jesús de Nazaret, que fue eliminado porque estorbaba.

Pero con esta respuesta nos quedamos en la corteza, en la superficie. Tenemos que dar un paso más. Este paso más lo voy a contar desde mi propia experiencia, desde mi biografía. Cuando mataron a Luther King, a mí me dió mucha tristeza. Recuerdo que estaba yo en el Seminario y leía mucho un libro suyo: «La fuerza de amar», con sus hermosos sueños... y se cargaron al soñador. Cuando me enteré de su muerte me entró una tristeza profunda. Decía yo: ¡Vaya una raza que formamos los humanos! ¡Eliminamos a los mejores!! Pero reflexionando, justo en la cuaresma de aquel año, ya a las puertas de la Semana Santa, me dije: ¡Oye! Yo creo en Uno que también eliminaron después de un doble proceso ante el Sanedrín y ante Pilato. ¿Es lo mismo? Reflexionando en aquellos días caí en la cuenta de la diferencia tan enorme que hay entre la muerte de Jesús de Nazaret y la muerte de cualquier otro profeta; diferencia que marca la originalidad de la fe cristiana. Yo estoy firmemente convencido de que en la muerte del profeta nazareno Dios ha realizado algo impresionante y es que me ha perdonado, me ha devuelto su amistad, me comunica su vida y me da la posibilidad de vencer incluso a la muerte, a la que estoy irremediabilmente abocado por naturaleza.

Hay una gran diferencia entre cualquier profeta y Jesús de Nazaret. Jesús es el Hijo de Dios que asume el pecado de toda la humanidad y, como es más fuerte que el pecado y la muerte, los vence y los vence para nosotros. Hay aquí una segunda respuesta a la pregunta: ¿Por qué murió Jesús? Murió «por nosotros». Los primeros cristianos muy pronto acuñaron una fórmula que aparece en confesiones de fe primitivas: No murió por Él, murió por nosotros, y por nuestra salvación, se añadirá más tarde.

Jesús no murió por Él. Él no tenía por qué morir. Si no había hecho nada malo, si pasó su vida haciendo el bien; si Él lo que hizo en su vida fue: a una viuda que había perdido a su único hijo, devolvérselo; a unas hermanas que habían perdido a su hermano, devolvérselo; a uno que no podía caminar y no podía vivir en la normalidad, devolverle la movilidad a sus miembros, para que se incorporara a la convivencia normal; a otro, ciego de nacimiento, que pasaba la vida

pidiendo limosna en algún lugar público, devolverle la vista. Si fue esto lo que hizo Jesús. Entonces Jesús no tenía por qué morir.

Esto lo entendió muy pronto la Iglesia y, por eso, muy pronto, afirmó: murió «por nosotros».

Murió por nuestra culpa

Me gustaría desentrañar ante vosotros esta noche lo que la teología de esta segunda respuesta ofrece. En ese «por» hay, al menos tres acepciones, las tres íntimamente relacionadas. Murió «por culpa de»; murió «en lugar de»; y murió «en favor de»... Este es el sentido que tiene el «por», y no solamente en español, sino también en otras lenguas neolatinas: es el sentido que tiene el «pour» de los franceses y el «per» de los italianos. Así es, además, en el lenguaje coloquial de la vida ordinaria, como os indico brevemente. Le dice un niño a otro: ¡Me he caído por tí! Le está diciendo que se ha caído por culpa suya, porque le ha puesto la zancadilla o porque... Le dice una amiga a otra: asistí a la reunión por tí. Le está diciendo que lo hizo en vez de ella, para llevar de algún modo su presencia... Le dice un joven a otro: Bien sabe Dios que lo he hecho por tí: le está diciendo que lo ha hecho en su favor. Esto, que son acepciones sencillas de lenguaje ordinario, a nivel teológico adquiere una profundidad impresionante que las iglesias primeras supieron desentrañar y vivir: Jesús murió por culpa de nosotros; Jesús murió en lugar de nosotros; Jesús murió en favor de nosotros.

A la luz de esta segunda respuesta tenemos que hacer un ejercicio muy importante en la experiencia cristiana, que consiste en personalizar la cruz. Es lo que hizo San Pablo y formuló tan bellamente en la carta a los Gálatas, en el capítulo dos: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios que me amó hasta entregarse por mí». Parece este texto una declinación del pronombre personal: Yo (nominativo) vivo de la fe en el Hijo de Dios que me (acusativo) amó, hasta entregarse por mí (ablativo). Es un ejercicio importante para la espiritualidad cristiana personalizar la cruz. No podemos creer en la ingenuidad de los críos. ¿Qué hacen los críos? Si soís catequistas, tendréis experiencia de esto. A cualquier grupo de críos les preguntáis: ¿quién mató al Señor? y saltan todos, al unísono, ¡los judíos! Es la respuesta que dan. Tenemos que corregirla, porque no es verdad. Tenemos que ayudarles a que entren en una conciencia más lúcida. No, en la Cruz de Cristo estoy yo, estás tú, estamos todos nosotros. La Cruz de Cristo es la resultante de todos los pecados, de toda la humanidad, de todos los tiempos y lugares. En la Cruz de Cristo está lo que los Escritos de Juan acuñaron en aquella expresión que ha pasado a la liturgia de la Iglesia: el pecado del mundo. El pecado del mundo es una realidad misteriosa, *mysterium iniquitatis*, misterio del mal. Es el misterio de una realidad que ha ido desde el comienzo, como la bola de nieve, engrosándose y que ha llegado a adquirir unas dimensiones que, antes o después, a todos nos aplasta. Por eso, la Iglesia cuando representa a Jesucristo en la Eucaristía, para la comunión, dice: «Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo» usando la fórmula con la que, según la tradición evangélica, lo presentó el Bautista.

En la Cruz de Cristo estamos cada uno de nosotros. Tenemos que hacer este ejercicio de personalizar la Cruz. Mirar a Cristo crucificado y decirle: ¡Señor, por mí; Señor, por mí! Porque es la verdad: el amor de Dios a cada uno de nosotros es tan grande que por cada uno de nosotros Él estaba dispuesto a entregar a su Hijo; y el amor que Jesucristo, como hermano mayor, muestra a cada uno de nosotros es tan grande, que por cada uno de nosotros Él estaba dispuesto a llegar hasta el final. Es verdad que hubo algún momento duro en su vida en el que pidió que se le ahorrara aquel trago, pero también es verdad que inmediatamente reaccionó diciendo: «que no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú».

La Cruz de Cristo, Cristo clavado en la Cruz refleja, al mismo tiempo, dos realidades impresionantes: la seriedad de nuestro pecado y la grandeza del amor de Dios. Murió por culpa nuestra.

Murió en lugar de nosotros

La muerte nos correspondía a nosotros. Nos alejamos de Dios que es la fuente de agua viva y nos cavamos aljibes agrietados que no retienen más que el cieno (Jeremías). Cada uno seguimos nuestro propio camino: estábamos abocados a la muerte. Él cargó sobre sus hombros esta situación nuestra y le dio la vuelta, porque Él era «el más fuerte». La armonía, la intimidad de Jesús de Nazaret con Dios, su Abba, su «papaíco» era tal, que fue capaz de superar todas nuestras distancias, todas nuestras separaciones, todos nuestros alejamientos de Dios e hizo posible una situación nueva. Así lo dice San Pablo en la carta a los Romanos, en el capítulo quinto: estamos en una situación nueva, una situación de gracia. ¿Quién ha sido capaz de ofrecernos esa situación nueva? Jesús de Nazaret clavado en la Cruz y resucitado. Ya podemos vivir en amistad con Dios, porque Jesús ha clavado en la Cruz el protocolo que nos era contrario. Ha roto los papeles que nos acusaban: ya podemos vivir en amistad con Dios. Murió en lugar de nosotros (2 Cor 5, 14ss).

Murió en favor de nosotros

Esta tercera afirmación entra en la lógica de las dos primeras. En la cruz de Cristo ha ocurrido algo impresionante para todos nosotros: tenemos de nuevo libre el acceso amistoso a Dios, «el papá». Ya no debemos vivir amenazados por el peso de un pecado que antes o después nos aplasta. No; podemos vivir en la libertad de los hijos de Dios, podemos vivir en la confianza. Para ser libres nos libertó el Señor (Gal. 5, 1). Él ha realizado esto en favor nuestro.

Todo esto no es teoría. Podréis decir: ¡qué bien los teólogos, qué bien hablan! No, esto no es teoría; esta es la experiencia de las primeras comunidades cristianas. Estas experiencias de fe las encontramos en nuestros textos sagrados vividas, reflejadas vivencialmente. Os voy a hacer ahora un recuento breve de esto.

Los primeros cristianos, cuando contemplaban el misterio de la cruz y se preguntaban: ¿por qué ha terminado tan mal Jesús siendo una persona tan buena? y no acababan de atender, reflexionaban y reflexionaban desde su vida y para su vida. Y ¿sabéis qué conclusión sacaron, fruto de la primera respuesta que hemos dado? «Todo aquel que quiera vivir piadosamente según Jesucristo lo pasará mal». Esto no acabo yo de inventármelo; esto está en la carta segunda a Timoteo, casi al final de la carta (2 Tim 3, 14): todo aquel que quiera seguir el camino de Jesucristo será perseguido. ¿Qué significa esto? Que los primeros cristianos comprendieron el aviso del Señor: si yo, el Señor y el Maestro lo he pasado mal, también vosotros lo pasaréis. Jesús no quiso engañarnos; nos avisó, nos lo advirtió, y no precisamente para desanimarnos, porque también nos dijo: si a mí me han aceptado, también a vosotros os aceptarán; pero no es el criado más que el amo, ni el aprendiz más que el maestro. (Todo esto lo podemos encontrar en los capítulos 15 y 16 del Evangelio de San Juan).

Hay aquí una reflexión muy importante para todos nosotros: si los cristianos habitualmente llevamos una vida cómoda, sin dificultades ¡mala señal! Y con esto no estoy proponiendo ningún masoquismo, ninguna actitud de autolesión, de hacerse daño por hacerse daño, no; ¡libreme Dios! Soy temperamentalmente optimista y amante de la vida. No estoy proponiendo eso. Lo que estoy proponiendo es una cosa mucho más sencilla, y es que si nos quedamos tranquilos en nuestras casas, nadie se mete con nosotros; pero como intentemos dar la cara por los demás y por el Evangelio, nos la pueden cruzar. Esa es la verdad. Si no nos lo cruzan ¿por qué será?

A los sufrimientos por el Evangelio, Pablo llama «las marcas del Señor» (Gálatas 6, 17); le habían dado una gran cantidad de palizas, había pasado muchos peligros y dificultades en tierra y en mar, por todas partes, que lo habían, como se dice en el lenguaje popular, «señalado». Estaba marcado, estaba señalado. ¿Por qué? ¿Porque se quedó tranquilo en su casa? No. En este sentido debemos estar orgullosos de nuestra Iglesia. Hay mucha gente que lleva las «marcas» del Señor. Ruanda, el Zaire, América Latina... Muchos cristianos se han ido allá, no a probar fortuna o a hacer negocio, sino a dar la cara por el Señor y por el Evangelio. Son los mejores de nuestra Iglesia: debemos estar orgullosos de ellos y aprender de ellos.

La consecuencia que sacaron las primeras comunidades cristianas del hecho de que a Jesús lo habían eliminado por su modo de vida es la convicción de que, en la medida en que intentemos llevar el modo de vida de Jesús, lo pasaremos mal.

Pero no se quedaron ahí. Dentro de la segunda respuesta: «por nosotros», se abrieron al ámbito de la fe. Quien no tiene fe, no acepta esta respuesta. ¿Por qué voy a creer yo que en el Rabino de Nazaret, ajusticiado en el Gólgota en tiempos de Poncio Pilato, Dios reconcilia al mundo consigo? Hay quienes no dan este paso, aún reconociendo que Jesús fue un gran profeta eliminado porque estorbaba. Nosotros sí lo hemos dado, al menos a nivel teórico; lo decimos en el Credo; «Por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato...; por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo...». De ahí la necesidad de que ajustemos nuestra vida a esta fe y así podamos ayudar a otros a dar este paso de fe: en el Crucificado del Gólgota, Dios ofrece la salvación a la humanidad.

¿Cómo lo vamos a hacer? Siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos; reproduciendo las experiencias de las primeras comunidades cristianas. Una de ellas es *la respuesta agradecida*: amor con amor se paga. Los primeros cristianos aplicaron a su experiencia religiosa el refrán tan popular y castizo de «es de bien nacidos el ser agradecidos». Cuando reflexionaban sobre el final de Jesús, sobre el aparente fracaso de la muerte en Cruz se decían: el Señor ha llegado hasta ahí y nosotros ¿nos vamos a quedar indiferentes? El Señor no se ha echado atrás y nosotros ¿nos vamos a quedar desentendidamente fríos? ¡De ningún modo! Reaccionaban. La cruz de Cristo les animaba a responder con mayor fidelidad al Señor; y todo esto desde un dinamismo profundamente humano: amor saca amor, amor con amor se paga, pon amor donde no hay amor y sacarás amor (Santa Teresa, San Juan de la Cruz).

Desde la convicción de que no hay amor más grande que el que da la vida, comprendieron y experimentaron que el amor más grande del que eran objeto en sus vidas era el amor de Dios en Jesús de Nazaret. Desde esta experiencia se dijeron a sí mismos: ante un amor tan grande ¿nos vamos a quedar en la frialdad y en el desinterés de la falta de correspondencia?, ¿vamos a ser tan desagradecidos? Y vivían la existencia cristiana como respuesta agradecida a quien le amó primero.

Otra experiencia importante: los cristianos conocían, y alguno por propia experiencia, la realidad de la esclavitud: había personas que no se pertenecían: otros las habían comprado. Y ¿qué tenían que hacer? Vivir para el dueño. Sabían, si no vivían para el dueño, a qué se exponían: ser revendidos, echados o, incluso en alguna época, eliminados (*ius vitae et gladii*). Ellos conocían esta experiencia y ¿sabéis lo que hicieron? Transportarla a su vida de cristianos: no nos pertenecemos, decían, pertenecemos al que nos ha comprado; *no debemos vivir para nosotros, sino para Él*. Tenían la convicción de que un cristiano ya no vive para sí mismo, sino para el Señor: en la vida y en la muerte somos del Señor.

En este mismo ámbito de haber sido comprados, se preguntaban ¿cuánto se ha pagado por nosotros? (Las cosas se valoran por lo que cuestan) y respondían: *se ha pagado mucho por nosotros*: no hemos costado oro, plata o metal precioso alguno; *hemos costado sangre*, y sangre preciosa. Esta convicción estaba muy presente en los primeros cristianos: le habían costado sangre a Dios. En realidad, se trata de un antropomorfismo, pero que explica muy bien, presenta muy bien lo que significaba para ellos la pasión y la muerte en la Cruz del Señor.

Desde esta convicción orientaban su vida: ya no vivían para ellos; vivían para el Señor; valoraban y respetaban su dignidad cristiana, pues se había pagado por ellos un precio muy alto.

Es lo que después la tradición de los Padres recoge y formula con tanta fuerza; en concreto, San León Magno gritaba a los nuevos cristianos: ¡Cristiano, reconoce tu dignidad, que se ha pagado por tí un precio muy alto!, invitándoles a salir de la mediocridad, a llevar una existencia cristiana fervorosa, movidos realmente por el Espíritu. Habían costado mucho, tenían que valorarse mucho. Esto es tan importante que incluso la oración oficial de nuestra Iglesia lo recoge (*lex orandi, lex credendi*). Si recordáis la Plegaria Eucarística, la número cuatro, esa que rezamos menos los sacerdotes, pero que es de una belleza impresionante, esa que empieza: «Te alabamos, Padre Santo, porque eres grande...»; más adelante dice: «y porque no vivamos ya para nosotros, sino para Él, que por nosotros murió y resucitó...».

Cuando uno entiende la propia vida «para Él», entonces la reorienta totalmente colocándolo a Él en el centro y esforzándose por seguir su camino. Y ¿qué hace? Pues lo que hizo Él: *vivir para los demás*. La existencia de Jesús es una pro-existencia. Así la entendió Él: no he venido para que me sirvan, sino para servir y dar mi vida... Yo estoy entre vosotros como el que sirve. Entender la vida como un servicio a los demás es una convicción fundamental de Jesús. Nosotros, si no queremos vivir para nosotros, sino para Él, tenemos que entender la vida como servicio y entrar con decisión por este camino, teniendo muy presente lo que Él ha pagado por nosotros.

En esta misma línea de entender la vida cristiana como servicio desde la cruz de Cristo, el autor de la carta a los Hebreos ayuda a una comunidad desanimada a *recobrar el ánimo*. Era una comunidad que estaba a punto de tirar la toalla; es normal; cuando uno vive en medio de dificultades, viene el cansancio, viene el desaliento y viene la tentación de abandonar, diciendo: ¡ya está bien! ¿Sabéis lo que dice el autor de la carta a los Hebreos a unos cristianos que encontraba así: ¡No os canséis! Mirad al que va delante. El autor de la carta a los Hebreos llama a Jesucristo: el que va delante, el que ha iniciado el camino (*arjégós*, en griego), el que ha tomado la delantera. Miradlo, les dice: para a continuación interpelarles: ¿a quién de vosotros el ser cristiano le cuesta lo que le ha costado a Él?, ¿a quién de vosotros el ser cristiano le ha costado sangre?

También nosotros, cuando estemos tentados de desaliento, cuando estemos flojos, cuando nos encontremos mal, miremos al Crucificado. La Cruz de Cristo es una llamada a la fortaleza, a la resistencia (*hypomonē*). Él llegó hasta el final, Él no se echó atrás. ¿Os imagináis lo que sería de la humanidad, lo que sería de todos nosotros, si Jesucristo se hubiese cruzado de brazos? (Cruzarse de brazos es el símbolo del desinterés, del desentenderse).

Él no se cruzó de brazos, sino que los abrió de par en par y gracias a este gesto nos puede abrazar a todos. Él llegó hasta el final, no se cansó, no se retiró. Es una enseñanza y un ejemplo muy serio para todos nosotros. No debemos cansarnos. Es verdad que estamos viviendo tiempos de dificultad; esto de ser cristiano no se lleva o se lleva menos; pero tenemos que ser valientes y dar la cara por el Señor y por el Evangelio. Él nos dejó dicho: si alguien da la cara

por mí, también yo la daré por él ante el Padre. Tenemos que entrar en la dinámica del testimonio fiel, valiente: Él llegó hasta el final. Jesús no murió por Él, murió *por nosotros*.

C) PORQUE QUIERE, PORQUE NOS AMA

Con todo, ni siquiera con esta segunda respuesta llegamos al núcleo más íntimo del misterio de la Cruz.

¿Sabéis dónde está la última respuesta, la respuesta más profunda? La encontramos en un texto de Evangelio de San Juan, concretamente, en el capítulo diez, el capítulo que habla del Buen Pastor, del que da la vida por las ovejas.

Hacia la mitad del capítulo encontramos esta afirmación: nadie me quita la vida; la doy yo porque quiero. Aquí en esta frase está la respuesta más íntima y más profunda al por qué, Señor, has terminado así. Santo Tomás, cuando comenta este texto, lo hace con una brevedad y profundidad impresionantes: *summa libertas, suprema liberalitas*; en español: el amor más puro, más limpio es el amor más libre, es decir, cuando se ama porque sí, la calidad de ese amor es inigualable. Si yo amo para que me respondan o correspondan... si yo amo si me corresponden... Siempre que hay un «para que» o un «si» le estamos restando calidad a ese amor. En Dios no hay «para que» o «si»: el amor de Dios es incondicional y totalmente generoso... Dios no tenía ninguna necesidad de implicarse en este mundo; el Hijo no tenía ninguna necesidad de pasar lo que pasó. ¿Por qué lo hizo? Sencillamente, porque quiere, mejor dicho, porque nos quiere. Esta es la clave fundamental de interpretación de la muerte de Jesús. Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Dios nos amó primero. Por una persona de bien puede uno atreverse a morir; la grandeza del amor de Dios está en que, estando nosotros muertos por nuestros pecados, nos envió a su Hijo para nuestra salvación. Esta es la clave central y fundamental: la razón última de la muerte de Jesús es el amor. Los demás esquemas interpretativos deben respetar éste (Analogía de la fe). El drama de Jesús es llevado adelante por el Espíritu, que es el Amor del Padre y el Hijo.

¿CÓMO ENCAJÓ JESÚS SU PROPIA MUERTE?

Después de haber presentado las diversas respuestas a la pregunta: ¿por qué murió Jesús como murió?, vamos a reflexionar ahora sobre la segunda cuestión que planteé al comienzo: ¿Cómo encajó Jesús su propia muerte? Se trata de una cuestión difícil. Hay una dificultad real, porque si leemos los textos sagrados cristianos nos encontramos con una doble respuesta. ¿Cómo armonizarlas?

Leemos en algún texto: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?», mientras en Lucas leemos: «Padre, en tus manos encomiendo mi vida». ¿Cómo encajó Jesús su propia muerte: con sensación de abandono o con confianza filial?

La teología ha trabajado este tema, con la ayuda previa de la exégesis. Hoy podemos afirmar que son perfectamente compatibles estas corrientes encontradas de sentimientos. Aunque hay teólogos que insisten más en el abandono, la experiencia de la lejanía de Dios (el hiato, von Balthasar); otros, en cambio, insisten más en la confianza. Se trata de acentuaciones legítimas.

Yo no entendía bien esta compatibilidad hasta que tuve una experiencia que me iluminó mucho. Murió un amigo mío en accidente, la mujer quedó viuda joven y con cuatro hijos, con el agravante de que era imposible conseguir indemnización por la muerte... Yo estuve con ellos la noche del duelo. Aquella experiencia tan negativa me ayudó a comprender algo más el misterio de cómo encajó Jesús su propia muerte. Estábamos allí sentados en silencio. En un primer momento ella, la viuda, rompía el silencio para decir: Dios es más grande que nosotros, Él se lo ha llevado, Él sabrá por qué. Yo tengo confianza. El Señor me ayudará a sacar mis hijos adelante, me ayudaréis también vosotros, me ayudará mi familia... y reaccionaba con una confianza impresionante. Pero, de pronto, pasados unos minutos, se levantaba como una loca, se acercaba al ataúd y gritaba: ¿por qué Dios se ha llevado a mi marido y no se lleva a tantos sinvergüenzas que hay haciendo daño? ¡No es justo; he perdido a mi marido para siempre...! Manifestaba un sentimiento de abandono y pérdida irreparable.

Entonces comprendí yo mejor que es posible, ante un mismo acontecimiento, tener corrientes encontradas de sentimientos, aunque en momentos distintos. Aquella experiencia me ayudó a entender mejor los sentimientos de Jesús ante su muerte.

Jesucristo tuvo una experiencia profunda de abandono. ¿A qué respondía esta experiencia? A la carga que echamos sobre Él. Nos puede ayudar a comprender esto la descripción que hace Jeremías en el capítulo dos, verso trece, del pecado: «Se alejaron de Mí, fuente de agua viva, para excavar aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua». Si Jesús cargó con nuestros pecados, y el pecado es lejanía, alejamiento de Dios, tenía que experimentar esa sensación de abandono, de distancia de su Padre. Pero como era el Hijo de Dios y quería mucho a su Padre (tanto que hacer la voluntad de su Padre era su comida; tanto que pasaba noches enteras hablando con su Padre...) vivió ese mismo acontecimiento desde una confianza filial: «Padre en tus manos encomienda mi vida».

Todavía podemos preguntarnos: y ¿cuál de los dos sentimientos fue predominante en la vida y en la muerte de Jesús? Hay teólogos que insisten mucho en la confianza filial como sentimiento dominante en la vida de Jesús. El miedo y la sensación de abandono forma parte del ser humano. Jesús los vivió, los experimentó, pero no fueron en Él, sentimientos dominantes ni mucho menos definitivos.

Para enseñanza nuestra, cuando afrontemos la muerte de algún ser querido o nuestra propia muerte, si sentimos la ruptura, si sentimos la separación, si sentimos miedo... es normal, es nuestra condición humana. Lo que no tenemos que dejar es que esos sentimientos nos dominen; tenemos que encajarlos y vivirlos desde el trasfondo de la confianza de Jesús, de la confianza de que Dios es nuestro Padre y de que la muerte no es el fracaso, sino que es la vuelta a casa, la vuelta al Padre Dios que nos espera con los brazos abiertos. Tenemos que reaccionar como su Hijo Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi vida.

Hay, además, en el campo de la exégesis, algunas reflexiones ingeniosas sobre estos temas. Os indico alguna.

Bastante exégetas consideran que el «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» no manifiesta un sentimiento aislado de abandono. Es el comienzo del Salmo 22. Se trata de una oración que rezó Jesús. Jesús debió aprender de niño las oraciones de Israel: los salmos. Al igual que hacemos hoy, cuando nos encontramos en situaciones concretas, rezamos las oraciones que hemos aprendido; además, el salmo 22, a partir del verso 20, afirma: «Pero Tú, Señor, no te quedes lejos, fuerza mía...», para terminar con una expresión de confianza: «viviré para el Señor».

Hay incluso algún exégeta, en concreto X. Léon-Dufour, que insiste mucho en la confianza como actitud básica de Jesús ante su muerte, proponiendo una hipótesis ingeniosa. Según él, Jesús habría rezado también, antes de morir, el salmo 31, que es un salmo de confianza en el Señor. ¿No habéis leído, al final del Evangelio de Marcos, capítulo 15, versos 33-37, cuando Jesús dice: «Está llamando a Elías»: desde el «Elí, Elí» o «Eloí, Eloí» (arameo) es muy difícil explicar la llamada a Elías. Buscando Léon-Dufour en los textos de los Salmos, encuentra en el salmo 31, verso 15, la expresión «Elí attâ» («Pero yo confío en Ti, Señor, yo te digo: ¡Tú eres mi Dios! Mi destino está en tus manos»). Esta expresión sí puede dar lugar a la confusión de que está llamando a Elías, pues es muy similar a «Elías, ven» (Eliâ, ta)¹.

Otra cuestión muy importante en este segundo apartado se refiere, no ya a cómo encajó Jesús su propia muerte, sino a qué sentido le dió, es decir, cómo la interpretó. No tengo tiempo de desarrollarla, pues quiero llegar al tercer punto. Remito a libro de H. SCHÜRMAN: *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte?* Sígueme, Salamanca 1982.

¿CÓMO ANUNCIARON AL CRUCIFICADO EN UN MUNDO TAN HOSTIL A LA CRUZ?

Pasamos ya al tercer punto propuesto al comienzo: ¿Cómo se las apañaron los primeros predicadores cristianos para anunciar la Cruz de Cristo como salvadora en un mundo hostil a la cruz?

En este sentido S. LEGASSE escribe: «Mientras que para nosotros, separados veinte siglos de los hechos, la cruz no es con frecuencia más que un emblema o, a lo sumo, un objeto de devoción, para los antiguos era un horror y una vergüenza. De ahí la necesidad de responder a las críticas con que se encontraban los mensajeros del Evangelio, y esto en un doble frente. Del lado judío,... no faltaban las objeciones ante las pretensiones que, a través de sus adeptos, esgrimía el Crucificado del Gólgota: reconocerle como Mesías e Hijo de Dios representaba, a los ojos de la oposición judía, por así decirlo, burlarse de Dios, dado que no veían que éste hubiera dado nunca la menor señal en apoyo de semejante audacia. Del lado pagano, en particular del griego, la idea de un mensajero e incluso la de una representación de la divinidad en la tierra, que sufre y padece la muerte ignominiosa de los esclavos, contradecía las nociones mejor establecidas sobre las manifestaciones divinas en el mundo de los hombres. Que además este hombre, este deshecho, pretenda guiar e ilustrar a los otros hombres, ya era demasiado para que una población ampliamente dotada de hombres sabios y de escuelas rechazara esta "locura" venida de Oriente»². Tanto en el mundo judío (para un judío el morir en una cruz era maldición divina, Deuteronomio 21, 23), como entre los griegos (que hablaban de locura -mōría) existía un rechazo fuerte hacia la cruz.

¿Cómo se las apañaron los primeros predicadores cristianos? Recurrieron a los medios de comprensión y expresión existentes en los ámbitos culturales donde predicaban y acuñaron unos

¹ Todo esto puede verse más desarrollado en LÉON-DUFOUR, S., *Jesús y Pablo ante la muerte*, Cristiandad 1982, pp. 141-161. Aunque S. LEGASSE no comparte esta interpretación, véase *El Proceso de Jesús. La Historia*, p. 150, nota 96, también él afirma en su último libro: *El proceso de Jesús. La Pasión en los cuatro Evangelios*: «La angustia, lejos de estar encerrada en ella misma, se abre a la gloria», p. 110.

² Op. cit., pp. 13-14.

esquemas de interpretación que, posteriormente, la teología ha llamado esquema litúrgico o sacrificial, esquema jurídico o de redención y esquema moral o de mérito. Los comento brevemente.

Y antes una advertencia: son esquemas de interpretación que valen en tanto en cuanto nos ayudan a comprender el esquema fundamental del que os hablé antes: el esquema del amor. «Tanto amó Dios al mundo...». Todo esquema interpretativo o intento de explicación que no sintonice con éste o que lo ponga en dificultad, no es válido en esa medida. Por poner un ejemplo: si del esquema sacrificial se deduce que Dios quiere y necesita la muerte de su Hijo, pues necesita quedar «satisfecho» (San Anselmo: *cur Deus homo?*); si este esquema llega a dejarnos la sensación de que Dios es el sádico que espera que su Hijo sufra para quedarse Él tranquilo y compensado por la ofensa de pecado, ya no sirve, está desvirtuando el anuncio cristiano, está desvirtuando la armonía de la Escritura.

Un par de parábolas

Los tres esquemas son recursos necesarios de la predicación cristiana: aparecen en los Escritos sagrados cristianos y los conserva la liturgia de la Iglesia (*lex orandi, lex credendi*). En las Plegarias Ecuarísticas rezamos: «víctima viva para tu alabanza; sacrificio agradable a Ti, Dios...»; pero tienen que ser entendidos «según la analogía de la fe», tienen que ser una ayuda para entender lo fundamental: el Amor.

Y como ayuda para comprender mejor el misterio de la Cruz, os quería contar ahora una parábola.

Un Padre tenía un Hijo, su hijo mayor, al que más quería. Vivían en una finca tan grande que no podían cuidar: había en la finca zonas abandonadas. En otros tiempos hubo en las zonas abandonadas unos pozos que sirvieron para regar, pero se habían secado. Se habían quedado como se quedan los pozos en zonas abandonadas de las fincas: con cieno y toda clase de objetos de deshecho; todo viandante que pasaba por allí tiraba algo dentro: alambres, hojas de lata, vidrios... La situación de los pozos era peligrosa, además, porque en sus brocales había crecido la maleza y estaban como cubiertos, tapados... Fácilmente podías caer inadvertidamente en ellos.

El Padre y el Hijo habían admitido en su familia (habían adoptado) y vivían con ellos una gran cantidad de niños y niñas (eran los pequeños de la casa). Querían compartir su vida, su hacienda, sus bienes con ellos.

El Padre había advertido repetidas veces a los pequeños: hijos, no vayáis a aquel extremo de la finca; hay allí unos pozos que son muy peligrosos; no me gustaría que os pasase nada malo. Pero lo que ocurre con la curiosidad humana: un día caminaron en dirección a los pozos unos metros, pero la conciencia pudo más y se dijeron: vamos a volver, el papá nos ha dicho que no vayamos para allá. Otro día avanzaron unos metros más en dirección a los pozos, les atraía lo desconocido. Hasta que llegó un día en que ocurrió lo que se temía, aquellos niños y niñas llegaron a la zona de los pozos y sin darse cuenta pisaron las matas que cubrían los brocales y cayeron dentro. Se hundieron en el cieno: inútilmente intentaron salir de allí, no les sirvió de nada su esfuerzo.

Muy pronto los echó el Padre de menos. Cuando el Hijo mayor volvió a casa, el Padre entristecido le preguntó: ¿y tus hermanos? Inmediatamente el Hijo temió lo peor y, sin titubear, dijo al Padre: voy a ver si los encuentro. Había intuído en los ojos llorosos del Padre su profundo deseo de recuperarlos.

Marchó hacia la zona de los pozos abandonados y, todavía lejos, los oyó gritar en tonos desesperados. Se acercó y, con todo interés, puso manos a la obra de su recuperación, de su salvación. La tarea era muy ardua: al estar con cieno los pozos, cuanto más intentaba sacarlos, más se hundía él mismo. Pero no cejó en el empeño y siguió: cogió unas matas menos secas, más verdes, con más fuerza de raíz, pero en vano: se clavaba un alambre, un vidrio... Su rostro, por el cieno y la sangre, iba adquiriendo un aspecto horroroso. Pero él no cejó, no se cansó..., hasta que lo consiguió: logró sacar a uno, quien a su vez ayudó a los otros, hasta que todos se encontraron fuera de los pozos.

Corriendo más que podían se dirigieron todos a la casa del Padre. Imaginaos la alegría del Padre cuando los vio llegar. El Padre ayudó primero a su Hijo mayor: lo bañó y le endosó una hermosa túnica blanca. Qué rostro tan distinto: resplandecía. Padre e Hijo ayudaron a los pequeños, lavándolos del cieno y vistiéndolos con túnicas blancas.

Ya con la blancura de la nueva situación y con la alegría compartida: la del Padre que los había recuperado, la del Hijo mayor que los había sacado de los pozos, la de los pequeños que habían sido salvados, hicieron fiesta, una fiesta impresionante: todos vestidos de blanco, en torno al Padre, encabezados por el Hijo mayor, en torno a una mesa abundante. (Un pequeño detalle: durante la comida, uno de los pequeños se acerca al Hermano mayor, le da un fuerte beso en la mejilla, mientras le dice: ¡gracias al cieno que has tragado, estamos nosotros aquí, gracias!).

Os voy a contar otra parábola. Es muy similar. Para no hacerme pesado, sólo voy a indicar las variantes. Todo igual que la anterior, pero los pozos, en vez de estar llenos de cieno y de deshechos punzantes y peligrosos, estaban muy bien cuidados: encalados, con brocales bien visibles, llenos de agua limpia y refrescante. El Hijo mayor, en vez de salir lleno de cieno y sangre, salió limpio y con la agradable sensación de un baño en agua limpia y fresca.

Vamos, ahora, a hacernos algunas preguntas. Yo creo que nos van a ayudar a entender un poco más y mejor el misterio asombroso de la redención por la cruz, en su verdadero sentido. Y digo en su verdadero sentido, porque se puede entender mal. Sería trágico. Es tan importante y central este misterio que, de entenderlo mal, se derivan consecuencias tremendas: se falsea el rostro de Dios, se falsea el rostro de Jesucristo, se falsea el rostro del ser humano. Os preguntaré por qué. Intento responder.

Cuando se entiende la redención en un esquema de satisfacción, aislado del conjunto del Evangelio, cuando se afirma que Dios, lleno de ira por el pecado de la humanidad, ofensa infinita, necesita la entrega de su propio Hijo para quedar satisfecho, se hace inevitablemente de Dios un sádico que busca y planea el aplastamiento de su hijo. ¿Qué padre puede querer que su hijo sufra? ¿Tan poca estima tenemos de Dios, que pensamos de Él que quiere el sufrimiento de su hijo? Al mismo tiempo se hace de Jesús un masoquista: lo dibujamos buscando el sufrimiento por el sufrimiento, buscando la cruz por la cruz, diciendo: qué bien, me gustan estos sufrimientos. Y de nosotros hacemos unos seres superficiales, irresponsables: no asumimos nuestra propia responsabilidad y aceptamos que, desde fuera, nos arreglen las cosas. Pues así ni es Dios, ni es Jesucristo, ni somos nosotros.

Respondamos, pues, ahora a algunas preguntas.

¿Quería el Padre que su Hijo mayor pasase lo que pasó? No respondáis muy aprisa: os podéis equivocar... Vuelvo a formular otra vez la pregunta: ¿quería el Padre que su Hijo mayor saliese de los pozos chorreando sangre y con cieno hasta los ojos? Sí y no.

¿En qué sentido, sí? Quería mucho a sus otros hijos pequeños y tomó la decisión, de acuerdo con su Hijo mayor, de hacer todo lo necesario para recuperarlos.

¿En qué sentido, no? Quería mucho a su Hijo mayor, deseando y buscando para Él sólo lo mejor.

¿Quería el Hijo mayor pasar lo que pasó? Sí y no.

¿En qué sentido, sí? Había prometido a su Padre que haría todo lo necesario para recuperar a sus hermanos y sentía hacia ellos un amor tierno y entrañable?

¿En qué sentido, no? Él era una persona muy sana, jovial, amante de la vida, todo lo contrario del amargado que goza haciéndose daño.

¿Quién tiene la culpa de lo que pasó el Padre y el Hijo mayor?

Evidentemente, la situación de los pozos: el cieno, los vidrios, los alambres, las hojalatas...

(En la segunda parábola, ni el Padre sufre, ni el Hijo lo pasa mal: sale con la agradable sensación de un baño refrescante).

Podríamos hablar, en conexión con esto último, de otra cuestión que ha sido objeto de reflexión por parte de la teología: la del motivo de la Encarnación: ¿se hubiese encarnado Jesucristo, si el hombre no hubiese pecado? Tampoco tenemos tiempo. Os remito a las páginas 523-552 del libro: *Señor y Cristo*, publicado por J. A. SAYES, en Eunsa, Pamplona 1995.

¿Qué es la situación de los pozos? Nuestra propia situación, el pecado del mundo.

Desde que Dios, en su inmenso amor a todos y cada uno de los hombres y mujeres (no olvidéis que la carta a Tito, en su capítulo tres, cuando explica estas cosas, dice que ha aparecido la *filantropía* de Dios) decidió salvarnos, desde ese momento decidió pasar lo que Él pasó y lo que hizo pasar a su Hijo. El drama de la Pasión pone en evidencia, al mismo tiempo, dos realidades: la gravedad y seriedad del pecado del mundo y la grandeza inconmesurable del Amor de Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu.

Ahora bien, ¿no había posibilidad de sacarnos de los pozos sin meterse en ellos? Aparece aquí una objeción seria a todo lo que acabamos de comentar. ¿No pudieron el Padre y el Hijo montar algún sistema con el que, desde fuera, sin tener que implicarse en los pozos, hubieran sacado a los pequeños? Evidentemente que sí: Dios pudo haber encontrado otros caminos de salvación. ¿Por qué, pues, eligió éste? La respuesta entra dentro de ese misterio insondable del *Deus semper maior*. Como decía San Agustín: Si lo entiendes, no es Dios. Pero hay algo claro desde nuestra orilla: el que pudo salvarnos desde arriba, desde lejos y desde fuera, ha preferido salvarnos desde abajo, desde cerca y desde dentro, y esto sintoniza perfectamente con nuestro ser, con nuestros anhelos, con nuestro corazón. Yo así lo veo y por eso cada vez siento una admiración más profunda por el Dios cristiano, por el Dios de Jesús. Me parece ver en Él la forma, el rostro más humano y más amable de Dios.

Quería comentar esto invitándoos a reflexionar sobre nuestra propia experiencia, cuando nos encontramos en situaciones de necesidad. No sé lo que pensaréis vosotros, yo, personalmente, cuando me encuentro en dificultad y alguien me ayuda desde fuera o desde lejos o desde su superioridad, yo agradezco la ayuda, porque soy agradecido, pero sigo sintiéndome lejos, debajo de esa persona que me ayuda. En cambio, cuando alguien me ayuda desde cerca, compartiendo mi pobreza, privándose de algo a lo que tiene perfecto derecho, dando la cara por mí ante mis acreedores..., ése despierta en mí una vinculación afectiva muy profunda, lo siento como algo mío.

Pues ese es el camino del Dios cristiano. Algunos prefieren ver a Dios como el Mr. Marshal de la película: tirando los billetes desde la avioneta. Dios no es así. El Dios cristiano asume en todo nuestra condición y tanto, que asume incluso las consecuencias del pecado de la humanidad, que cargan sobre Él hasta hasta aparentemente aplastarlo. Pero como Él es más fuerte que el pecado y más fuerte que la muerte, los vence y comparte con nosotros su victoria. Por eso,

nosotros, unidos al Crucificado-resucitado, podemos sentirnos libres del peso de nuestros pecados, en amistad con Dios, y con la esperanza inquebrantable (pues se apoya en la fidelidad de Dios) de que un día llegaremos a la vida en plenitud, compartiéndola con Jesús de Nazaret, nuestro hermano mayor, que ha recuperado la gloria que tenía antes de la creación del mundo.

Además, desde que Dios ha elegido el camino de la solidaridad con nuestra condición, que le ha llevado al aplastamiento de su Hijo, ya no hay ningún aplastado de este mundo que no pueda mirar con confianza al aplastado del Gólgota e intuir que su situación no está cerrada, tiene salida, no es definitiva, puede cambiar con la ayuda del gran Solidario, Jesús, y de todos aquellos que intentamos seguir su camino de solidaridad.

(Otro pequeño detalle: cuando la Iglesia dice: «¡Bendita Cruz! O Crux, ave spes unica!» no está aclamando la cruz por la cruz, sino por el Crucificado. Quien nos salva no es la cruz, sino el que murió clavado en ella. En este tema, el lenguaje de la Iglesia es metonímico).

SEGUIR LAS HUELLAS DEL CRUCIFICADO

Concluyendo ya, creo que el entender un poco más y mejor el misterio asombroso de la Redención puede dar profundidad a nuestra experiencia cristiana y, en la medida en que lo vivamos, podremos anunciarlo a los demás. Tenemos que hacer nuestra la decisión de San Pablo: No quiero saber entre vosotros otra cosa más que a Cristo crucificado..., no he venido a hablaros con palabras elocuentes de sabiduría humana, para no vaciar la cruz de Cristo (Cfr. 1 Cor. 2, 1 ss). ¡Anunciar al Crucificado!

Espero que el Señor nos ofrecerá alguna otra ocasión, nos dará nueva oportunidad de desarrollar más detenidamente este tema, especialmente importante para los cristianos de Caravaca; y deseo que la contemplación del misterio de la cruz de Cristo nos ayude a seguir más de cerca al Crucificado del Gólgota; como nuevos Cirineos, llevar su Cruz y las de los hermanos, compartir en esta vida los sufrimientos de Jesús, para poder compartir un día la gloria de su Resurrección. (Filip 3, 10-11). Gracias.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV., *Teología de la Cruz*, Sígueme, Salamanca 1979.

ALONSO DÍAZ, J., *La muerte de Jesús como muerte redentora*, n.º 27 de los Fascículos Bíblicos, Edicabi/PPC, Madrid 1980.

AA.VV., *Sabiduría de la Cruz*, Narcea, Madrid 1981.

LÉON-DUFOUR, X., *Jesús y Pablo ante la muerte*, Cristiandad, Madrid 1982.

SCHÜRMANN, H., *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte?* Sígueme, Salamanca 1982.

BOFF, L., *Pasión de Cristo, pasión del mundo*, Sal Terrae, Santander 1984².

LEGASSE, S., *El proceso de Jesús. La historia*, Desclée, Bilbao 1995.

Id., *El proceso de Jesús. La Pasión en los cuatro Evangelios*. Desclée, Bilbao 1996.

DE MIER, F., *Teología de la Cruz*, San Pablo, Madrid 1996.

Ginés Pagán Lajara
Profesor de Cristología
CETEP - Murcia